

UNA VISITA INCOMODA / LA ACOGIDA SOCIAL

Eramos pequeños saltamontes tomando café en el Eurobuilding, sede del Club Siglo XXI, donde, entre cráneos tonsurados, túnicas rojas y amarillas, maestros orientales, expertos en artes marciales y damas casadas o divorciadas de buena familia, se celebró la conferencia del Dalai Lama *Ética secular*. Se anunciaba la aparición del papa del trono del loto blanco, un océano de sabiduría.

El gran Lama es tan popular en el mundo como Nelson Mandela, aunque gusta más a la CI. Esperábamos que se apareciera el líder de millones de budistas, un hombre atractivo que ha tenido 10 propuestas matrimoniales. Aunque de ideas liberales, no le ha recibido nadie del Gobierno liberal, tal vez porque recibió unos millones del Gobierno vasco. Se apareció y venía de Asia. Está en forma; viaja más que Juan Pablo II, pero se le ve con mejor salud. Desde que 130.000 tibetanos le siguieron hasta el exilio de Dharamsala, en la India, inspira y agita una religión que surgió hace 2.500 años, cuando la fundó el príncipe Gautama, conocido como Buda.

Así que ayer desayuné con aquella bella y azulesma Katia Loritz de *Las Chicas de la Cruz Roja* y de Almodóvar, y con la encarnación de Buda, Su Santidad, Señor Sagrado, Gloria Gentil, Océano de Sabiduría, presidente del Gobierno tibetano en el exilio, de 68 años. Fue simpático del Partido Comunista Chino y ocupó un puesto en el comité local hasta que ideó un plan de gobierno independiente y los monjes salieron a las puertas de los santuarios pidiendo que se fueran los chinos. *The New York Times* ha escrito que Estados Unidos sostiene con el Tibet y con su líder espiritual «una relación amorosa».

Es un fardón. Se presentó con humildad: «Soy un monje». Nos insistió en que la suya es una religión tolerante y despreñida. Aprender a vivir es aprender a despreñarse parece, según el escritor Javier Moro, la norma de su religión. Nos explicó que la salud física necesita de la salud psíquica y que hay que cultivar nuestras emociones. Compasión, solidaridad, respeto al prójimo, tolerancia, unidad de las religiones, he ahí su filosofía. Trata a los monoteísmos como San Francisco a los lobos: «Mi amigo cristiano, mi amigo budista, mi amigo musulmán». Confirmó que el dinero no da felicidad, que los valores humanos se basan en la ética y en la com-

## Los 'pequeños saltamontes' toman café

RAUL DEL POZO



El torero Francisco Rivera junto a Genoveva Casanova, novia de Cayetano Martínez de Irujo. / BEGOÑA RIVAS



La periodista Concha G. Campoy. / B. R.



El empresario Carlos Falcó. / B. R.



La cantante Elsa Baeza. / B. R.

pasión y que cree que la paz interior se puede lograr sin tomar pastillas para dormir.

Habló de tortugas, de los mamíferos angustiados porque son apartados de las madres, de monos huérfanos. El mal, según Su Santidad, se apoya en el ego: «Los que dicen mucho yo, mío, me, tienen más riesgo de ataques al corazón». Hay que salirse de sí, buscar la compasión y el afecto. No cree ni en la sonrisa de las azafatas ni en la de los dependientes de comercio.

Los rapados, monjes y macizas, embajadores y aristócratas, siguieron el sermón fascinados. Estaba María Torres —que vive en Ibiza y se dedica al negocio inmobiliario—, madre de Osel, el pequeño Lama, que maneja ordenadores y habla en tibetano.

Baltasar Garzón, que quiere ingresar en el sindicato de los Premios Nobel, presentó al de la Paz, denunció el diseño impuesto por la fuerza y propuso oponerse al gigante amarillo.

Para convertirse al budismo sólo hay que cumplir cinco mandamientos: no matar ni herir a ningún ser vivo, no entregarse al exceso sexual («cuando en mis sueños aparecen mujeres, recuerdo que soy un monje»), no mentir, no beber alcohol ni tomar sustancias tóxicas y no robar. A pesar del rigor y del despreñamiento, han elegido el budismo Richard Gere, Harrison Ford, Sharon Stone y Shirley Mac Laine.

Había pijaería y aristocracia, monjes pelados y vinateros. Estuve al lado de Paloma Segrelles hija, de Concha García Campoy, de una Martínez de Irujo y de Fran Rivera, que se casó en la catedral de Sevilla. El nieto de Antonio Ordóñez se aparta de la devoción a la Virgen del Rocío y al Cristo de los Gitanos y practica el aikido, arte marcial que también apasiona al actor Steven Segal, al que han hecho monje. Una monja budista de Alicante me invitó a seguir el camino del Himalaya. La diputada socialista Dolores García-Diego consiguió que el Gobierno español invitara al Lama a hablar en el Parlamento español. De eso hace cuatro años. No le han hecho caso.

El líder planetario del budismo apenas se pronunció sobre la eutanasia. Cree razonable el aborto y la homosexualidad en algunos casos. Respecto a la nula acogida de las autoridades españolas, habló desde la sabiduría florentina: «Ustedes lo saben todo. No tengo que contestar».

El líder tibetano, en el exilio desde 1959 cuando una insurrección popular en Lhasa fue reprimida a sangre y fuego por el invasor chino, no ha cesado de preocuparse desde entonces por la suerte de los suyos, que todavía permanecen bajo la bota del país vecino. ¿Quién se preocupa realmente de lo que está pasando hoy allá arriba, en el techo del mundo, donde están apagando a marchas forzadas el fuego sagrado de una civilización, una lengua y un pueblo? Porque de eso es de lo que se trata: de una solución final a la china. Y quizás el que tiene una conciencia más aguda del tema es el Dalai Lama.

De ahí que el jerarca tibetano vaya incansablemente al encuentro de los demás, ya sean simples curiosos o jefes de Estado y de Gobierno, artistas e intelectuales o nómadas de las tierras del Himalaya. Para todos y para cada uno, el Dalai Lama sabe encontrar la palabra adecuada que llega al corazón. Es comprensible, teniendo en cuenta su catadura política, que Putin le niegue el visado para atender la invitación de los fieles budistas que le están esperando en Siberia. Pero, ¿por qué

## Los hipócritas y la supervivencia del pueblo tibetano

CLAUDE B. LEVENSON

los grandes del mundo democrático, ansiosos siempre de hacerse fotografiar a su lado, se muestran tan timoratos cuando se trata de ver la realidad cara a cara y apoyar sin ambigüedad su lucha, tan ejemplarmente no violenta?

Está claro que hace falta mucha determinación para clavar la mirada en los ojos de los dueños de la Ciudad Prohibida y recordarles que deben respetar sus propios compromisos. Por eso, son de agradecer las resoluciones del Parlamento Europeo pidiendo a los dirigentes chinos que escuchen las declaraciones del Dalai Lama y que se sienten con él a la mesa de negociación. Pero, a la hora de la verdad, ¿quién, en Europa o en Washington, actuará en consecuencia? «Sobre el fon-

do de la cuestión no hay nada nuevo», admitía recientemente el líder tibetano. Y eso que hace años que viene pidiendo la ayuda internacional para iniciar un diálogo sustancial con las autoridades chinas.

Desde hace una quincena de años, el Dalai Lama no se cansa de repetir que su prioridad no es recobrar la independencia de su país, sino una auténtica autonomía para el conjunto de los territorios tibetanos con el fin de salvaguardar a su país y a su pueblo de la desaparición. ¿Es posible ir más lejos en las concesiones? Y, sin embargo, Pekín sigue haciendo oídos sordos. Las dos misiones de sus emisarios en China y en Tibet no han sido seguidas de una tercera, que estaba programada y que fue suspendida sin preaviso.

En este contexto fluctuante, recibir al Dalai Lama en la Asamblea Nacional durante su visita a París o dar un concierto de apoyo a la causa del Tibet no está mal. Pero hay que hacer más. Hay que analizar los pequeños pasos dados, contar los prisioneros políticos liberados gracias a campañas internacionales, entrevistarse con el Dalai Lama sin obviar el fondo político del problema... A pesar de haber sido disimulada y escondida cuidadosamente bajo la alfombra verde de las discusiones políticas, la cuestión tibetana sigue estando ahí. ¿Hasta cuándo? También en este caso, es el drama de la no asistencia a un pueblo en peligro el que se desarrolla en medio del silencio más atroz de la comunidad internacional, so pretexto de no injerencia en los asuntos ajenos. Está claro que, cuando se trata de Pekín y de intereses comerciales siderales, todo el mundo se lo piensa dos veces, para afirmar a continuación con cara de inocencia: «No lo sabía».

Claude B. Levenson es escritor, autor de *Así habla el Dalai Lama*.